

El Libro de la América Latina



GRANDES HOMBRES DE CHILE

I

EL CONQUISTADOR DON PEDRO DE VALDIVIA

Don Pedro de Valdivia nació por los años de 1500, en el pueblo de La Serena de Extremadura. Es digno de ser recordado el hecho de que la Extremadura fué, entre las provincias españolas, la que proporcionó a Chile mayor número de soldados y colonos en los primeros tiempos de la conquista. Tan poderoso fué el espíritu aventurero que se apoderó de los extremeños en el siglo XVI, que aquella región, la más rica y poblada de España en tiempo de los romanos y de la Edad Media, quedó vacía de hombres, y hasta hoy día parece un desierto.

El padre de Valdivia tenía por apellido Oncas de Melo, pero el conquistador de Chile adoptó el apellido de su madre, que se llamaba Isabel Gutiérrez de Valdivia y pertenecía a una familia noble. Era muy común entre los antiguos españoles el que escogieran entre los apellidos de sus antepasados el que les parecía más distinguido.

Brillante fué la carrera de Valdivia en América. Acompañó a Pizarro y Almagro en el Perú y recibió en pago de sus servicios permiso de armar una

expedición con el objeto de conquistar el lejano reino de Chile, muy desacreditado entonces por el mal éxito de la reciente campaña de Almagro.

Apenas puede concebir la imaginación los trabajos y fatigas que debían sobrellevar los primeros conquistadores. Recorrían inmensas distancias por países salvajes y sin caminos, atravesaban montes, desiertos y bosques impenetrables, sufriendo del frío y del calor, del hambre y de la sed, y expuestos en todo momento a ser atacados de sorpresa por los indios.

No disponían los conquistadores de grandes ejércitos. El que trajo Valdivia a Chile sólo contaba con ciento cincuenta españoles y un cierto número de indios peruanos, inútiles para el combate, y que sólo servían para conducir, a manera de bestias de carga, las armas, provisiones, equipajes, semillas y demás objetos indispensables para la colonización.

Con estos ciento cincuenta españoles, no sólo debió Valdivia ocupar un territorio inmenso, sino fundar algunas ciudades, como Santiago, Concepción y la Imperial. En cada una de estas ciudades era preciso dejar cierto número de es-

El Libro de la América Latina

pañoles, y así la pequeña tropa iba separándose en partidas diminutas, aisladas en medio de poblaciones salvajes, feroces y hostiles.

No es raro, pues, que el conquistador de Chile pereciera víctima de su audacia temeraria. Cuando fué derrotado y muerto por los araucanos de Tucapel, su ejército sólo se componía de unos setenta hombres.

Aquella batalla de Tucapel ha quedado, sin embargo, legendaria en los anales de Chile. Entonces, por vez primera, los araucanos hicieron frente a los españoles. Mandaba a los bárbaros el joven Lautaro, antiguo criado de Valdivia, que, conociendo de cerca a los españoles, pudo informar a sus compatriotas de que éstos no eran seres sobrenaturales e invencibles, como ellos se lo habían imaginado, sino hombres de carne y hueso.

La táctica empleada por Lautaro en Tucapel fué extraordinariamente hábil. La superioridad principal de los conquistadores consistía en las pesadas armaduras de hierro con que cubrían sus cuerpos, y les hacían invulnerables para las lanzas y flechas de los indios.

Lautaro consiguió vencer a los españoles por la fatiga, porque, en realidad, nadie podía combatir mucho tiempo llevando el cuerpo cubierto de hierro. Dividió, pues, sus tropas el indio, en muchos pelotones, que se renovaban constantemente durante el combate, hasta que los conquistadores quedaron rendidos de cansancio.

Los españoles que no murieron en el combate cayeron prisioneros. Valdivia fué de estos últimos. Llevado a la presencia de Lautaro, el jefe español prometió abandonar aquellas tierras y dejar a los indios su libertad, si le perdonaban la vida. Pero sus ruegos fueron inútiles.

Dicen que la muerte de Valdivia fué horrorosa. Los indios le cortaron los brazos y, después de asarlos, se los comieron en su presencia. Se agrega que por fin de sus suplicios le hicieron beber oro derretido.

Así pereció el primero de los con-

quistadores de Chile, y así también comenzó la guerra de tres siglos entre el poder de España y la indomable soberbia de los indios araucanos.

EL ABATE MOLINA—EL MÁS ANTIGUO DE LOS NATURALISTAS CHILENOS

Como es sabido, la más crasa ignorancia reinaba en la América en la época de la dominación española. Los libros eran muy escasos y poco apreciados. Además, el gobierno no permitía que llegaran a estos países los que se publicaban en Europa, sino después de muchas formalidades, y siempre que no hubiera en sus páginas nada que pudiera inducir a las colonias a sublevarse contra el poder del rey.

En esas circunstancias era, pues, mucho más meritorio que ahora, el hombre que, a pesar de todos estos obstáculos, se consagraba al estudio y al progreso de la ciencia.

El Abate Molina fué uno de esos pocos hombres escogidos. Nació en Talca en 1739, y apenas llegado a la edad de la adolescencia se hizo jesuita. En aquel tiempo la Compañía de Jesús era famosa por sus riquezas, por la influencia de que gozaba en América y en Europa, y también por el amor al estudio que animaba a muchos de sus miembros.

El joven Molina se dedicó particularmente, en el retiro del claustro, a la contemplación de las grandes maravillas de la Naturaleza. No era del número de aquellos seres vulgares que nada saben ver en una planta o en un insecto. Quiso conocer las producciones de su país y describirlas en un libro, para que fuesen conocidas por el mundo entero.

Mientras estaba dedicado a estos trabajos, y cuando sólo tenía treinta años, tuvo que salir de Chile. El rey de España había decidido expulsar de sus estados a todos los jesuitas, porque, en su concepto, se habían hecho demasiado ricos y poderosos y podían dañar a su autoridad.

Molina pasó con sus compañeros de destierro a Italia, donde el Papa les había ofrecido un asilo. Allí continuó sus estudios sobre la Historia

EL ESFORZADO CAPITÁN ESPAÑOL CONQUISTADOR DE CHILE



Don Pedro de Valdivia, uno de los más atrevidos soldados de la conquista de América, fué víctima de su audacia temeraria. Hecho prisionero en la batalla de Tucapel, por los araucanos, éstos le hicieron sufrir una muerte horrible.

El Libro de la América Latina

Natural, aunque, por desgracia, ya no podía tener a la vista los animales y las plantas de su patria.

Este inmenso obstáculo no le arredró, y, guiado únicamente por su poderosa memoria, escribió en 1776 un compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil de Chile.

Las descripciones que hace Molina

de los productos naturales de Chile, no siempre son exactas, porque, como hemos dicho, no tenía otro documento que sus recuerdos y, en muchos casos, sólo conocía de oídas el animal o planta descritos.

A uno de estos errores de Molina se debe el que figure un venado en el escudo de armas de Chile.

Este venado, que se llama el *huemul*, habita en la cordillera de los Andes, y era bastante escaso en los

alrededores de las ciudades en que vivió Molina en Chile. Un campesino le informó, sin embargo, de su existencia, pero en términos bastante equivocados. Le dijo que era un caballito chico con las uñas partidas, y no con los cascos enteros como los caballos ordinarios. Esto pareció muy extraño al joven naturalista, pero, sin embargo, puso en su libro, entre los animales de Chile, el *huemul*, no como venado, sino como caballo.

Cuando más tarde Chile se hizo independiente, los padres de la patria desearon que ese animal curioso que, en concepto de ellos, constituía una particularidad única del país, figurara en el escudo de la República.

El Abate Molina murió en Italia, a los noventa y dos años de edad, sin haber tenido el consuelo de volver a su país. Sus compatriotas le han erigido una estatua en Santiago.

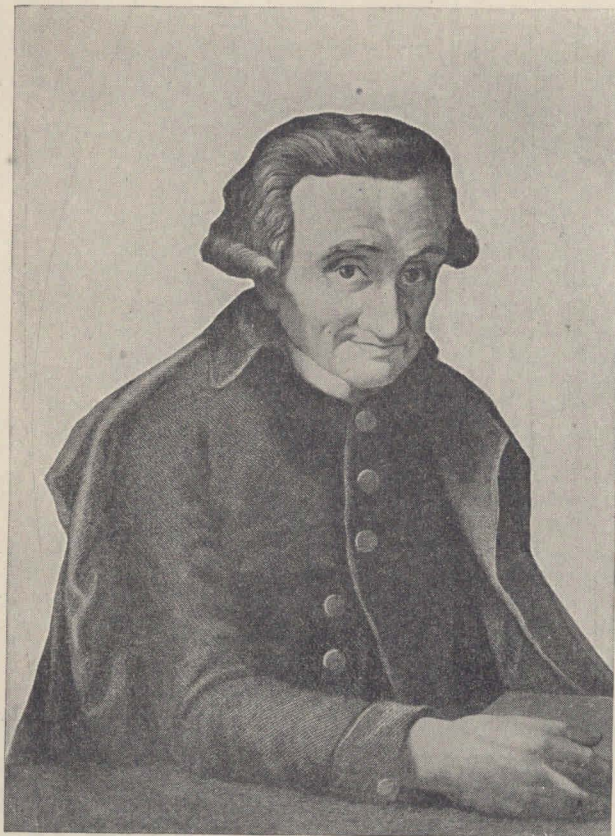
DON AMBROSIO O'HIGGINS

Entre los presidentes que gobernaron a Chile, en nombre del rey de España, durante el siglo XVIII, ninguno más ilustre que don Ambrosio O'Higgins.

En la época colonial, el gobierno español tenía prohibida la residencia en América a todos los extranjeros. Grandes debieron, pues, de ser los méritos de don Ambrosio

O'Higgins, para que, siendo el mismo un extranjero, y súbdito del rey de Inglaterra, llegara a ser nombrado Presidente de Chile y más tarde Virrey del Perú.

Como tantos hombres eminentes, O'Higgins nació y creció en la pobreza, así es que la historia de los primeros años de su vida no es muy conocida, y hasta se ignora la fecha precisa de su nacimiento. Su padre era arrendatario de la Condesa de Bectire, en Irlanda,



EL ABATE MOLINA

Grandes hombres de Chile

y se dice que el futuro virrey pasó su niñez conduciendo leña para la cocina del castillo de aquella dama.

Tampoco se sabe a punto fijo cuándo y de qué manera pasó a España y después a América; pero allá por los años de 1750 recorría las ciudades y los campos del virreinato de Nueva Granada, hoy República de Colombia, vendiendo algunos géneros de pacotilla, en calidad de buhonero o mercader ambulante. Puso en seguida una pequeña tienda, en compañía de un español que, por curiosa coincidencia, llegó a ser arzobispo de Lima, al mismo tiempo que O'Higgins fué virrey del Perú.

Más tarde, el joven irlandés fué empleado por el gobierno español, como agrimensor, y en esa calidad vino a Chile en 1769, con un sueldo de quinientos pesos al año. El primer trabajo que se le encomendó fué la construcción de las pe-

queñas casuchas de piedra que sirven de refugio a los viajeros durante los temporales de nieve, en el camino que, a través de la cordillera de los Andes, une a Chile con la Argentina.

Más tarde se le empleó en el ejército, hizo la campaña de Araucanía, y tuvo ocasión de distinguirse en diversas comisiones de importancia. El pobre buhonero se había convertido en un personaje, gracias a su talento y a sus méritos. Los presidentes a cuyas órdenes había servido, no se cansaban de recomendarle.

Entonces el rey lo recompensó, nombrándole Presidente de Chile, y, a la verdad, que no pudo hacer un nombramiento más acertado.

Como Presidente, O'Higgins emprendió trabajos públicos muy costosos e importantes para aquella época de pobreza y atraso; puso orden en la administración, y trabajó con empeño incansable para hacer progresar el país cuyo gobierno le había sido confiado.

En aquel tiempo, el cargo más importante que podía desempeñarse en América del Sur era el de Virrey del Perú, y, por lo general, las personas que se habían distinguido en el gobierno de Chile eran nombradas en seguida para desempeñarlo. Era como un ascenso. O'Higgins lo obtuvo después de ocho años de presidencia en Chile.

El virrey inglés—así llamaban los limeños a don Ambrosio—dejó en el Perú

tan buenos recuerdos como en Chile, y murió rodeado de honores y dignidades, con el título de Marqués de Osorno, el 18 de Marzo de 1801.

Hijo de don Ambrosio fué el libertador de Chile don Bernardo O'Higgins.

DON MANUEL DE SALAS

En la época en que los españoles dominaban en Chile, no se conocía ni siquiera de nombre, en este país, lo que hoy se llama el espíritu público, es decir, aquel entusiasmo ardoroso con que los ciudadanos desean servir a sus seme-



DON AMBROSIO O'HIGGINS

El Libro de la América Latina

jantes, sin tomar en cuenta el propio interés.

Las gentes se ocupaban entonces de sus negocios, o de los chismes de vecindad, pero muy poco o nada de materias de gobierno, de beneficencia o de adelanto para la ciudad o el país. Sólo se hacía la caridad por espíritu religioso o por vanagloria, muy poco por socorrer a los semejantes.

El mérito de don Manuel de Salas consiste en haberse apartado totalmente

de esta manera de pensar y de sentir, propia de sus compatriotas y contemporáneos. Vivió y murió trabajando por el bien de Chile y de los chilenos.

No era un hombre político. En aquel tiempo no había en Chile hombres políticos. El rey de España gobernaba por medio de empleados españoles y sin consultar para nada a los habitantes del país. Más aun: si algún chileno hubiera

manifestado entonces demasiado interés por mezclarse en negocios de gobierno, habría sido seguramente castigado como traidor o rebelde.

Don Manuel de Salas respetaba profundamente al rey de España, y estaba conforme con su manera de gobernar. Él creía que era un deber, impuesto por la religión, obedecer al rey sin discusión ni protesta. Como él pensaban, por otra parte, todos los chilenos de entonces.

A pesar de ello, Salas trabajaba desinteresadamente en ayudar a las autoridades para que éstas realizaran todas

las mejoras posibles en la condición del país. Traía nuevas máquinas y semillas para la agricultura, contribuía a crear y a sostener establecimientos de beneficencia, destinados a aliviar la miseria de los pobres, y ocupaba así la mayor parte de su vida en el servicio de su patria y de sus semejantes.

A pesar de su afecto por el rey de España, don Manuel de Salas no dejaba de comprender que éste podía introducir muchas reformas benéficas en el go-

bierno de Chile, y así lo dejaba entender a sus amigos y conocidos. Se abstenía, sin embargo, de manifestar en público tales opiniones, porque esto le habría hecho sospechoso ante las autoridades de la colonia.

Cuando vino la revolución de la Independencia, don Manuel de Salas siguió siendo consecuente con su antigua manera de pensar. El rey de España había sido hecho prisionero por Napoleón, y los

chilenos no sabían a quién debían obedecer en lo sucesivo.

Salas, junto con la mayoría de las personas ilustradas del país, creyó entonces que Chile debía gobernarse a sí mismo, mientras durase la cautividad del rey legítimo, a fin de impedir que estos dominios suyos cayeran en manos del usurpador francés.

Estas ideas triunfaron el 18 de Septiembre de 1810, con la organización de la primera Junta de Gobierno, y, al año siguiente, con la reunión de un Congreso Nacional. Salas fué elegido



DON MANUEL DE SALAS

Grandes hombres de Chile

diputado de ese Congreso. Sin perjuicio de sus ideas de súbdito fiel, don Manuel de Salas trabajó en el Congreso por realizar algunas de las mejoras que había deseado en otros tiempos. Él fué el que propuso que se diera libertad a los esclavos.

A pesar de que Salas nunca había pensado sublevarse en contra del rey, los españoles, cuando en 1814 volvieron a dominar en Chile, cometieron la torpeza de castigar a aquel ilustre chileno: le encarcelaron, separándole de su familia, y le enviaron desterrado a la solitaria isla de Juan Fernández, con muchos otros patriotas, muchos de los cuales eran tan inocentes como él mismo del delito de rebelión que se le imputaba.

Semejantes atropellos no tuvieron otro resultado que hacer más intenso el odio de los chilenos contra los españoles; Chile recobró su libertad, y don Manuel de Salas pudo volver al lado de los suyos.

Murió este distinguido chileno, de edad muy avanzada, en 1842. Sus compatriotas conservarán eternamente el recuerdo de sus virtudes.

DON BERNARDO O'HIGGINS, LIBERTADOR DE CHILE

Nació este ilustre chileno en Chillán, en 1778, y era hijo del Presidente don Ambrosio O'Higgins, que fué más tarde virrey del Perú.

El libertador de Chile hizo sus estudios en un colegio católico de Inglaterra, de manera que su instrucción fué por

muchos conceptos superior a la de la mayoría de sus compatriotas en aquella época.

Dueño de una fortuna considerable, en cuanto regresó a su patria comenzó a ocupar una situación distinguida en la sociedad, pero él no pensó ni por un momento en vivir entregado sólo al ocio y a los placeres propios de la juventud. En sus viajes había visto mucho mundo, y comprendía que el sistema de gobierno a que los españoles tenían sometida a la América, era dañino para

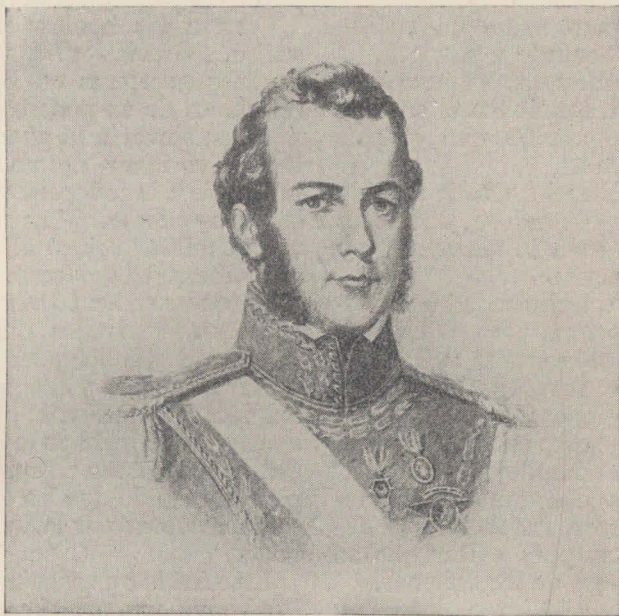
los intereses de su patria. Así es que desde que comenzó la revolución de la Independencia, tomó parte en el movimiento, y fué elegido diputado al primer Congreso Nacional, en 1811.

Como se ha referido en otra parte de esta obra, en ese Congreso había tres partidos: el de los realistas, que quería el

mantenimiento del gobierno español en la forma que había tenido hasta entonces; el de los moderados, que deseaba algunos cambios de poca importancia, y el de los exaltados, los cuales pensaban secretamente en la independencia completa del país.

O'Higgins, en el Congreso, fué uno de estos últimos, aunque sus glorias no iba a conquistarlas en las discusiones de la política, sino en la guerra.

O'Higgins no fué un táctico hábil, ni se distinguió en la dirección superior de los ejércitos. En cambio, su valor temerario y la nobleza y bondad de su carácter le hicieron el ídolo de los



BERNARDO O'HIGGINS

El Libro de la América Latina

soldados, a quienes sabía electrizar en el momento del peligro.

O'Higgins se batía siempre en primera línea, afrontando las balas como el último de sus subalternos. Al frente de su caballería, atravesó en Rancagua las trincheras españolas, y él mandó también la carga que decidió en Chacabuco la libertad de Chile.

Desde 1817 gobernó por seis años el país, más como monarca absoluto que como Presidente republicano. Los actos de su administración y los principios en que la apoyó fueron muy criticados en su tiempo, pero nadie ha podido negar que fuera honrado y patriota.

Su principal error consistió en aplicar al gobierno de la República el sistema militar. No comprendió que el país quería más libertad.

Sin embargo, el mejor día de su vida fué el último de su dictadura. Entonces pudo demostrar toda la abnegación y nobleza de su alma.

Una parte del ejército se había sublevado en Concepción, pero O'Higgins tenía bajo su mando tropas suficientes para combatir la revolución y quizás para vencerla. Chile iba a sufrir los horrores de una guerra entre hermanos.

Los principales habitantes de Santiago, alarmados con tan cruel perspectiva, le pidieron entonces que renunciara el poder, para evitar que se derramara la sangre de los chilenos.

O'Higgins no vaciló largo tiempo, y entregó noblemente las insignias del mando.

Desde entonces el libertador de Chile vivió alejado del país que había hecho independiente, al que no debía volver ya más, pero en su destierro, allá en el Perú, todos sus pensamientos fueron para la patria.

DON JOSÉ MIGUEL CARRERA

He aquí el nombre de un gran chileno, ilustre por su talento y sus servicios en favor de la independencia de Chile, y digno también, por sus desgracias, del respeto de la posteridad.

Don José Miguel Carrera era miembro de una familia distinguida y opulenta

de Santiago. Muy joven todavía se hizo militar, y tuvo ocasión de distinguirse como oficial de uno de esos ejércitos improvisados que se batieron en España contra el poder de Napoleón.

Regresó a su país cuando sólo contaba veintisiete años de edad. Era en 1811, y comenzaba entonces la Revolución de la Independencia. Es verdad que muy pocos pensaban todavía en separar a Chile de España, y el gobierno nacional de entonces, como el Congreso, no parecían partidarios de aquella idea, que juzgaban demasiado atrevida.

Carrera era hombre mucho más resuelto. Gracias al prestigio de sus hazañas guerreras en España y a las relaciones de su poderosa familia, consiguió sublevar a la guarnición de Santiago, en favor de un gobierno más favorable a la independencia que el que entonces existía. Muy pronto, otra revuelta militar colocó al mismo Carrera a la cabeza del gobierno.

Entonces comenzó a hablarse en Chile con toda franqueza de separar para siempre al país del gobierno de España. Carrera auxilió enérgicamente esta opinión, hizo fundar el primer periódico que se haya publicado en Chile, y se dedicó sobre todo a preparar el ejército para el caso de que los españoles intentaran recobrar por la fuerza su antiguo poder.

Esto fué lo que sucedió. El virrey del Perú envió una expedición con el objeto de reconquistar a Chile, y Carrera tuvo que batirse al frente de sus improvisados batallones.

Por desgracia, los chilenos no supieron mantenerse unidos ante el peligro que los amenazaba. Carrera fué destituido del mando por sus enemigos, que lo acusaban de incapacidad como militar, y don Bernardo O'Higgins fué elegido jefe del ejército. Pero el nuevo general no tuvo más fortuna que Carrera, y se vió obligado a firmar un tratado de paz, en que Chile reconocía ser una colonia de España.

El patriotismo de Carrera se indignó ante este tratado, que consideraba vergonzoso, consiguió sublevar al ejército